

Burnyeat, Gwen. 2018. *Chocolate, Politics and Peace-Building. An Ethnography of the Peace Community of San José de Apartadó, Colombia*. London: Palgrave Macmillan, 263 pp.

Valentina Pellegrino*
Investigadora independiente

La Comunidad de Paz de San José de Apartadó es una de las iniciativas de movilización ciudadana en medio del conflicto armado más reconocidas; se fundó en 1997 tras sobrevivir una masacre, varios hostigamientos y un desplazamiento masivo, autoproclamándose *neutral* y oponiéndose a la presencia en su territorio de cualquier actor armado, incluidos los del Estado. La iniciativa ha sido apoyada por la red internacional de derechos humanos y profusamente abordada por los académicos que estudian la maraña de la guerra en el Urabá, y Burnyeat encarna una intersección entre estos dos grupos, pues se vinculó con ella en 2011 como acompañante extranjera desde Peace Brigades International y, tras dos años en terreno, decidió aproximarse antropológicamente en una investigación para su maestría. Este libro es el resultado de dicho estudio.

La novedad de esta obra consiste en que pretende alejarse de una interpretación sobre la Comunidad en torno a la victimización, la neutralidad o los derechos humanos, en pos de aproximarse desde una producción que, literalmente, la mantiene viva: el cultivo del cacao para chocolate, principal fuente del sostenimiento de la Comunidad, con el objetivo de comprender cómo se forja su identidad colectiva. En efecto, el cacao —que algunas veces termina como chocolate y otras como manteca para la industria cosmética— le ha permitido a la Comunidad organizarse y plantear un modelo de sociedad, que ellos definen como *alternativo*. En ese sentido, Burnyeat pretende mostrar cómo chocolate y política están indisolublemente entrelazados en la Comunidad.

* Doctora en Antropología, Universidad de los Andes. Entre sus últimas publicaciones están: “Monstruos de papel: sobre documentos, indígenas y gobierno”. En *Etnografías burocráticas: derecho y antropología en la academia legal*, editado por Lina Buchely e Isabel Cristina Jaramillo. Bogotá: Uniandes-Icesi), 2018. (En prensa); “Sencilla pero esencial: una historia de la mochila kankuama”, en *La situación contemporánea de los pueblos Indígenas y comunidades afrocolombianas de Colombia*, editado por Francois Correa. Bogotá: Icanh, 2018. (En prensa). ✉svalentinapellegrino@gmail.com

Por ello, el libro plantea una relación entre la producción del cacao y la producción de la identidad colectiva de la Comunidad, partiendo de que lo cotidiano es el marco por donde pasa lo político. Burnyeat se basa en que la identidad colectiva es producida por narrativas. Ahora bien, la apuesta conceptual de la autora es que las narrativas son prácticas, en el sentido bourdiano del término, en el que la práctica se entiende como una acción del sujeto que es socialmente construida, pero naturalizada. Así, argumenta que las narrativas son prácticas, en la medida en que son acciones e interacciones encarnadas en cuerpos, en escuchar y enunciar palabras e ideas, incluso en pensarlas.

La producción y circulación de las narrativas con las que se genera la identidad colectiva de la Comunidad y se interpreta el mundo ocurren de manera simultánea y en interdependencia con la práctica de producción de cacao. Esto la lleva a plantear con audacia que el trabajo de producción de cacao es la Comunidad, pues es el medio primario de interacción y cohesión de sus miembros, los sostiene económicamente y afirma su identidad colectiva. De allí que metodológicamente el libro plantee el seguimiento al cacao en cuanto objeto y símbolo, algo que logró tanto mediante observación participante como por situarse desde una antropología activista, solidaria con las causas de la Comunidad.

2
■ Ahora bien, el argumento principal del libro es que hay dos narrativas entrelazadas con las que se interpreta la realidad en la Comunidad y se produce su identidad colectiva, a la vez que ofrece los orígenes y elementos constitutivos de estas. Por un lado está la *narrativa radical*, en cuanto marco interpretativo histórica y culturalmente construido; en este, la Comunidad se asume desde el drama de la víctima y plantea al Estado colombiano como un antagonista, que tiene un plan unilateral para exterminarlos, bien sea porque quiere eliminar todas las organizaciones sociales, porque es responsable directo o indirecto de las violaciones a los DD. HH. que la Comunidad ha denunciado, o porque está aliado con multinacionales y paramilitares por intereses económicos en sus tierra (p. 16). Esta narrativa explica su determinación de declararse en ruptura con el Estado desde 2005, postura que han mantenido incluso en medio del proceso de paz que recientemente adelantó el Gobierno colombiano.

Por otro lado, está la *narrativa orgánica*, un marco interpretativo mediante el cual los miembros de la Comunidad encuentran una correspondencia entre el mundo natural y el mundo social (p. 19). En ese sentido, contiene una analogía entre un cuerpo físico con órganos y un cuerpo social organizado, y la Comunidad como un proceso organizacional, y la producción del cacao también como un proceso. Si lo orgánico refiere a algo natural, conectado y autoproducido, entonces la narrativa orgánica plantea a la Comunidad de una forma equiparable a lo orgánico, como un colectivo que tiene una coherencia interna basada en la solidaridad entre sus miembros. Esta narrativa se produce a través del cultivo de cacao orgánico, que les sirve de metáfora para pensar no solo su relación con el entorno natural sino con el mundo social, en el que lo orgánico se vincula con lo alternativo.

La relación inextricable entre la narrativa radical y la orgánica genera su identidad colectiva, que en el libro se denomina *Comunidad alternativa*, siguiendo la autodenominación de la Comunidad (p. 22). Esta caracterización implica no solo una oposición al Estado, la violencia y el capitalismo rapaz, sino una opción diferente a estos desde una economía y una vida comunitarias. Ahí radica lo alternativo y lo que Burnyeat quiere destacar de la Comunidad, pues esta no solo se declara neutral frente al conflicto armado apelando a una noción de *paz* como ausencia de conflicto en los confines de su territorio, sino que al apostarle a la producción cacaotera busca superar tanto la inequidad social como la injusticia. Esto, para Burnyeat, es la construcción de paz en términos positivos: no como ausencia de conflicto armado, sino también como consolidación de una sociedad próspera y justa, algo que —señala— puede ser inspirador para el resto del país en la coyuntura del proceso de paz.

Para desarrollar su argumento, Burnyeat divide el libro en tres partes. En la primera se refiere a la historia de la Comunidad, las influencias y antecedentes de su fundación. Así, plantea como antecedentes la presencia durante los años ochenta de la UP, así como la cooperativa cacaotera Balsamar, que surgió en aquellos años y se mantuvo hasta 1996. La UP promovió en la región un modelo de desarrollo desde el empoderamiento campesino, basado en el trabajo y comercio autónomos. Balsamar fue la materialización de ese modelo y llegó a tener un éxito considerable; sin embargo, sucumbió por la alianza entre Fuerzas Armadas, paramilitares y empresarios, que buscaban un control económico y político de la región, así como la eliminación de todo aquello que fuera de izquierda. Así, la cooperativa se acabó cuando sus directivas fueron masacradas, por lo que casi la totalidad de la población de San José de Apartadó se desplazó.

Quienes se quedaron fundaron la Comunidad de Paz el 23 de marzo de 1997, con el objetivo de pedir a los actores armados respeto a la población civil, a la vez que se comprometían a no participar de manera directa o indirecta en el conflicto. Burnyeat muestra la influencia de las comunidades indígenas circundantes, la Iglesia católica, el CINEP y el CIJP en la gestación de la Comunidad, pues además de acompañar a la gente y denunciar las masacres, estas organizaciones brindaron argumentos jurídicos, y los pusieron en contacto con los discursos y redes internacionales de defensa de los derechos humanos, centrales en su quehacer y sus narrativas.

Desde su fundación, las formas cotidianas de supervivencia estuvieron marcadas por el trabajo colectivo en los cacaotales y las reuniones diarias para organizarse como Comunidad de Paz. El cacao fue esencial como fuente económica y como símbolo de supervivencia, porque fue el único cultivo que sobrevivió al abandono durante el desplazamiento y al arrasamiento de los actores armados, por lo que sirvió para que los campesinos tuvieran algo a qué aferrarse para recuperar su economía, pues es un cultivo comercial que desarrollaron comunitariamente, en paralelo a las reuniones organizativas donde planteaban qué implicaría concretamente ser neutrales. Así, desde la cotidianidad empezaron a gestar un proyecto más permanente que sostiene las bases de su identidad colectiva, marcada por la solidaridad interna y la neutralidad frente a los actores armados.

En la segunda parte, el cacao como hilo conductor desaparece para dar paso a la explicación sobre el surgimiento y el fortalecimiento de la narrativa radical. Así, presenta una crónica de las interacciones entre el Estado y la Comunidad desde 1997, caracterizadas, en unos casos, por la violencia directa (pues se ha comprobado la participación de las Fuerzas Armadas con los paramilitares en las masacres), y en otros, por la ineficiencia burocrática, incluso cuando aparentemente es benigna, dada la incapacidad institucional para auxiliarlos en situaciones desesperadas, protegerlos y brindar justicia castigando a los perpetradores. Por todo ello, la relación con el Estado se desgastó paulatinamente hasta que la Comunidad se declaró en ruptura con este.

Esta narrativa se endureció en reacción a las contra-narrativas estigmatizadoras que circularon en el gobierno de Uribe sobre la Comunidad, pues el presidente mismo la relacionó con la guerrilla, o la asumían como “cerrada”. Burnyeat señala que hubo un cambio en la política de Estado en el gobierno de Santos, pues reconoce que hay una guerra, la cual ha dejado víctimas también desde el Estado, y asume que es necesario reconocerlas y repararlas, como parte de una solución negociada al conflicto armado. A pesar de este giro en la política estatal, la Comunidad ha mantenido su narrativa radical, y es por ello se niegan a participar en los procesos de reparación a las víctimas promovidos por Santos.

4 ■ Burnyeat, al igual que varios defensores de la Comunidad, critica esta postura de mantener la ruptura, pues sostiene que la narrativa que los sostiene homogeneiza al Estado, al hacerlo coincidir simplistamente con el proyecto paramilitar y con intereses económicos (p. 17), y porque de esta forma hay una narrativa de victimización interminable (p. 162). En algunos sectores, esta vehemencia es caracterizada como una postura *cerrada y radical*. Sin embargo, la autora plantea que, más allá de cuestionarla, es necesario entender la percepción de la Comunidad sobre el Estado y cómo se forjó en los últimos años, en especial para las interacciones entre ambos.

La tercera parte del libro se refiere a la construcción de la narrativa orgánica y los elementos que la configuran. Así, el cacao vuelve a ser el eje, pues señala que, en la práctica de la producción de cacao, los valores y narrativas identitarios de la Comunidad son transmitidos y desarrollados de forma análoga a la transmisión de conocimiento en la práctica de hacer cacao. Por ello, se centra, en primer lugar, en la descripción de las etapas de la producción del cacao, desde la limpieza del terreno hasta el empaque del cacao para la venta. Luego, en el libro se muestra cómo, gracias a la participación de la Comunidad en los circuitos internacionales de Derechos Humanos, se establecieron las redes de comercio transnacional en las que se inscribe el cacao de la Comunidad, marcadas por el comercio ético con la multinacional europea de cosméticos Lush, que se compromete a generar conciencia política en sus compradores sobre la situación de quienes siembran el cacao que adquieren. Ello genera presión internacional en apoyo a las demandas de la Comunidad a nivel nacional, lo que alguien de la Comunidad llama brillantemente “consumidores políticos”. Esto enriquece la narrativa de lo orgánico como una alternativa política, además de económica.

El libro finaliza con una nota de optimismo, pues destaca a la Comunidad no únicamente a partir de su agencia política en cuanto víctimas sino también como productores de cacao, como una manera de mostrar que se puede crear un proyecto colectivo más allá de la tragedia de la guerra, lo que inspiró a la autora a realizar un documental para mostrar la experiencia de esta Comunidad. Por ello, no solo aporta al entendimiento sobre la peculiar reticencia de la Comunidad de Paz frente a los diálogos de paz y la reparación a las víctimas; sino que, a través de la atención a su producción cacaotera, le devuelve analíticamente a la Comunidad una agencia que va más allá de su identificación en cuanto víctimas, así como una historicidad que no se limita al momento en que la violencia se ensañó con su territorio. Su agudeza para analizar la Comunidad a partir del cacao hace que cumpla con el cometido de demostrar cómo política y chocolate están entrelazados en el contexto urabeño.

En segundo lugar, Burnyeat acierta al mostrar a la Comunidad no como algo autocontenido, sino como fruto de interacciones que han ayudado a moldear su interpretación del mundo y cómo se asume a sí misma, entre ellas, las organizaciones nacionales e internacionales de derechos humanos, las diversas instituciones y los distintos agentes estatales, y las empresas multinacionales de comercio ético, al trazar minuciosamente estos intercambios y su influencia en la configuración de elementos de sus narrativas identitarias. Por último, es destacable la escritura sensible de la autora en cuanto a cómo la historia se inscribe en el paisaje, particularmente en los cacaotales y las bodegas que atestiguaron tanto el proceso organizativo como la barbarie de las masacres; allí, el adagio inglés “muestra, no digas” se cumple a la perfección, al igual que en sus evocadores relatos en primera persona sobre las etapas en el cultivo y venta del cacao, con los aprendizajes que implican en el cuerpo de los cultivadores.

Ahora bien, una reseña no estaría completa sin señalar los puntos donde el libro es susceptible de críticas. A mi juicio, hay dos tensiones que vale la pena señalar. En primer lugar, la forma en la que es denominada la narrativa alrededor de la postura frente al Estado. Aunque la autora es cuidadosa en retomar y explicar los términos con los que la Comunidad se autodefine, esto no ocurrió con la denominación “radical” que caracteriza a una de las narrativas, cuyo significado no explica de la forma en que lo hace con la palabra “orgánica” que caracteriza a la otra narrativa. Este vacío es importante, porque la palabra ha sido usada como un adjetivo negativo por críticos y defensores de la Comunidad para cuestionar la validez de su postura en contra del Estado. Por ello, vale la pena saber si la Comunidad describe su postura como radical, y cómo entiende el término.

Pienso que esto es sintomático de una tensión, por un lado, el comprender a la Comunidad en sus propios términos y, por el otro, hacerle una crítica a su postura política en relación con el Estado en la actualidad; pero al nombrar la narrativa como radical pareciera que crítica y explicación se fusionan, cuando es importante que permanezcan analíticamente separadas, aunque presentes. La segunda tensión irresuelta está entre el deseo de Burnyeat de comprender a la Comunidad en sus

propios términos, más allá de estar a favor o en contra de las narrativas (p. 170), y la denominación “simplista” de la interpretación que la Comunidad tiene del Estado (p. 17). Creo que caracterizarla así muestra los límites para comprender a la Comunidad en sus propios términos.

La autora se basa en autores fundamentales en la antropología del Estado (Mitchell, Abrams y Gupta) para señalar que la disciplina ha problematizado el imaginario del Estado como una totalidad reificada, de la cual la narrativa radical sería un ejemplo, para optar en cambio por una mirada en la que el Estado no se asume como homogéneo. Sin embargo, creo que la tarea pendiente no está en que la gente empiece a ver al Estado como los antropólogos lo hacen, para no tener posturas simplistas frente a este, sino en que empecemos a tomar conceptualmente en serio el hecho de que signifique cosas distintas para distintos grupos. A mi juicio, ganaríamos analíticamente si asumimos que el Estado es algo en un lugar y un tiempo determinados (una alianza mortífera entre paramilitares y aparato estatal en el Urabá), y otra cosa distinta en otro espacio y otro tiempo (un esfuerzo de instituciones como la Unidad de Víctimas), sin caer nosotros mismos en agregaciones de “es esto pero además es esto”, es decir, sin pretender sumar estas formas de Estado para “corregir” la simplificación.

6 ■ Ambas tensiones irresueltas ocurren por el balance que pretende hacer la autora entre comprender a la Comunidad en sus propios términos y plantear su propia posición política y académica, en cuanto a cómo aquella interpreta el escenario político. Esto es válido y, de hecho, deseable porque si los antropólogos buscan construir una relación con los sujetos en la que haya un verdadero intercambio de conocimientos y una construcción política conjunta, como creo es el caso de Burnyeat, entonces no deben limitarse a ser megáfonos de las comunidades, sino plantear también su perspectiva.